

el acero de su noble contrario. En cuanto vieron caer á Don Nuño, los dos bribones volvieron las espaldas y tomaron soleta mas que de prisa.

Rompetejas lanzó una carcajada.

— Mirad, mirad como corren! ni galgos!

Y se volvió hácia el de Villena al que halló inmóvil junto al cadáver de Don Nuño, la espada baja y la cabeza inclinada como para escuchar.

— Qué es eso? qué teneis? — preguntó Rompetejas.

— Me habia parecido..... — dijo el marqués, — me habia parecido oír un grito de una muger, de una persona amada, pero.....

— Quizá seria de la dama.

— La dama! qué dama?

— Una á la que veníamos escoltando en una litera por órden de este bribon, — dijo Rompetejas dando con el pié al cadáver.

— Oh! habeis venido con una dama! y dónde, dónde está? — preguntó con ansiedad el marqués.

— Desmayada la hemos entrado en la ermita.

— Dios mio! si será....

Y sin acabar la frase, el noble caballero corre hácia la ermita, penetra en ella, empuja una puerta que se le interpone y, tierra y cielo! el de Villena encuentra á su amada moribunda, á su esposa tendida en el suelo revolcándose en la sangre que brota de una herida en el pecho y auxiliada por el venerable monge que acudiera al ruido.

Beatriz, al ver á su esposo, quiso incorporarse, quiso hablar, pero solo pudo levantar una mano, dirigirle una mirada y en el acto mismo, vencida por el esfuerzo, dejó caer la cabeza y espiró.

El de Villena lanzó un grito horroroso y se precipitó sobre el cuerpo de su querida esposa.

— Beatriz! Beatriz! amada mia! — gritaba el noble caballero con el acento del dolor y de la desesperacion. — Oh! y el asesino! dónde está el asesino! quiero beber su sangre! Padre, — continuó el caballero dirigiéndose al monge y mirándole con ojos estraviados — decid, decid, vos debeis saberlo, dónde está el asesino?....

— Dios le ha castigado ya! — dijo en esto una voz grave que sonó á espaldas del de Villena.

Este se volvió y vió de pié á pocos pasos de distancia al trovador Arnaldo que acababa de entrar en la habitacion. El jóven estaba pálido, pero horriblemente pálido. El marqués se levantó y se dirigió á él.



el acero de su noble contrario. En cuanto vieron caer á Don Nuño, los dos  
brtones volvieron las espaldas y tomaron soleta para ir de prisa.

Rosetejas hizo una carcajada.

— Mirad, mirad como corren! ni galgos!

Y se volvió hacia el de Villena al que halló inmóvil junto al cadáver de Don  
Nuño, la espada baja y la cabeza inclinada como para escuchar.

— ¿Qué es eso? ¿qué tenéis? — preguntó Rosetejas.

— Me he caído parecido:.... — dijo el morrión — me había para que me  
gata de una mujer, de una pecadora, de una...

— ¿Qué? ¿de la dama?

— ¡De la dama!

— ¿De la dama? ¿de la dama? ¿de la dama? — preguntó Rosetejas.

— Oh! habéis caído! ¿de dónde está? — preguntó con  
ansiedad el morrión.

— Despertad la dama, entrado en la cama.

— ¡Despertad la dama!

Y con estos la frase el noble caballero corre hacia la cama. Pero  
allí se encuentra una puerta que se le interpone y, tierra y cielo, él se  
caerá encima á un grado más allá, á su esposa tendido en el suelo,  
con un golpe que le hizo de una herida en el pecho y asustado por  
el horrible estruendo que acuchara al ruido.

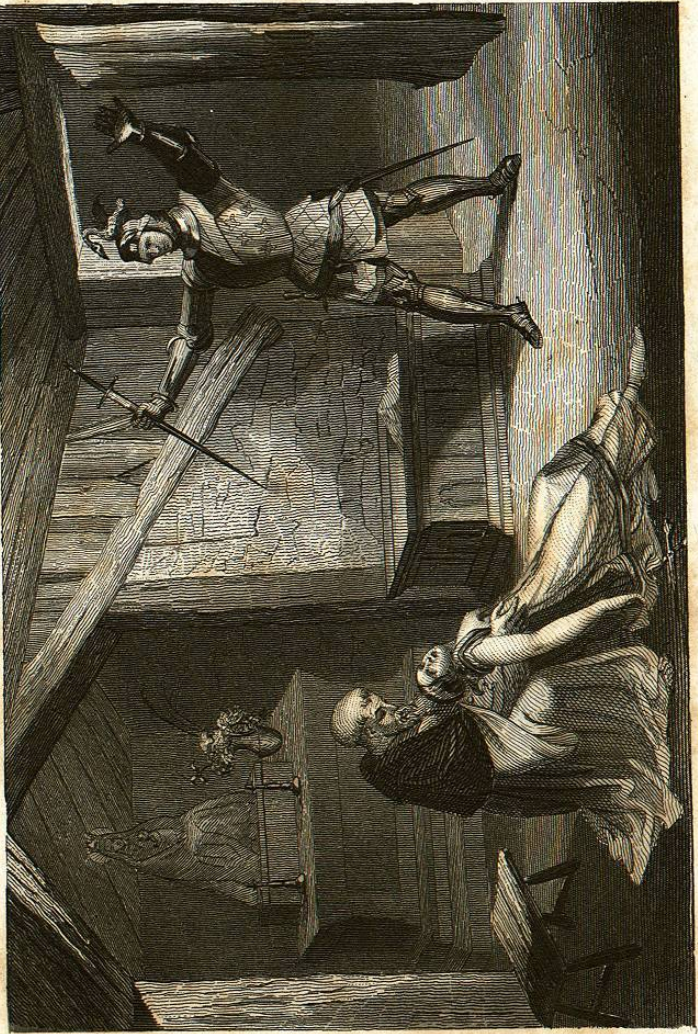
Después, al ver á su esposa, quiso incorporarse, quiso hablar, pero solo  
pudo levantar una mano, dirigirle una mirada y en el acto mismo, vencida  
por el esfuerzo, dejó caer la cabeza y espiró.

El de Villena hizo un grito horrible y se arrojó sobre el cuerpo de su  
muerta esposa.

— Rosetejas! Rosetejas! — gritó el noble caballero con el acer-  
to de la espada de la dama. — ¡Oh! ¿de dónde está el asesino?  
¿qué le hace su cuerpo? Padre. — continuó el caballero dirigiéndose al mor-  
rión y mirándole con ojos aterrados — decid, ¿qué vos debéis saber, don-  
de está el asesino?

— Dios le ha castigado... — dijo un estruendo grave que sonó á espal-  
das del de Villena.

Y se volvió y vio de lejos y con el pasor de distancia al trovador Arnaldo  
que estaba de entrar en la habitación. El joven estaba pálido, pero horri-  
blemente vivo. El morrión se arrojó sobre él.



El de Villena encuentra á su amada moribunda.

— Arnaldo! Arnaldo! Dios le ha castigado, decís? pues qué, ha muerto ya?

— Peor aun, — contestó el jóven sin separar los ojos del cadáver de Beatriz.

— Cómo?

— Está loco.

— Loco! Arnaldo! Arnaldo! decid, luego vos sabéis quien ha sido el asesino?

— Sí.

— Oh! quién? quién?

— Su hermano.

— Misericordia de Dios!

— Volvia yo en compañía de unos caballeros, — dijo el trovador con una voz triste y conmovida, pero sin separar los ojos del cadáver. Regresábamos á Segovia por un sendero inmediato, cuando hemos visto que se nos acercaba un hombre con el traje en desorden, los cabellos erizados, los ojos desencajados, fuera de sí y manchado de sangre. Era Don Fadrique de Guzman. — Don Fadrique! han exclamado algunos de la comitiva sorprendidos. — Silencio! ha contestado él con voz sepulcral, pero en seguida lanzando una carcajada ha añadido: No lo sabéis? no os lo han dicho?... acabo de asesinar á mi hermana! Allí está, allí la dejo.... en la ermita del Parral. Era la esposa del de Villena y ya es esposa de la muerte! — Y dichas estas palabras que á todos nos han dejado mudos, helados de terror, ha vuelto á lanzar una carcajada y se ha puesto á dar saltos de salvaje alegría en mitad del camino. Su razón estaba perdida, perdida completamente. Los caballeros se han encargado de él y yo.... yo he venido á rezar junto al cadáver.

El de Villena oyó esta relacion sin decir nada, sin dar la menor señal de vida en su rostro casi estúpido en aquel instante.

En seguida, se puso de rodillas y plegó las manos, señaló á Arnaldo un sitio al otro lado del cuerpo de Beatriz, indicó con el gesto al monge que se arrodillara á su cabeza, y se puso á rezar en alta pero trémula voz.

Arnaldo cayó de hinojos, pero cada vez estaba mas pálido. Parecia que iba á morir tambien, tan cadavérico se le puso el semblante.

Los tres hombres permanecieron allí largo rato, rezando en alta voz, é interrumpiéndose á veces por algun rebelde sollozo que escapaba al pecho oprimido del de Villena.

---

Esta es la tradicion que dió vida al monasterio que ahora existe.

En efecto, para dar honrosa sepultura á su amada y tributar gracias á la

Virgen del Parral por haberle libertado del puñal de los asesinos, edificó Don Juan Pacheco, marqués de Villena, el monasterio en el lugar que ocupaba la ermita, dándolo á la órden de los Gerónimos, cuya religion, como ya en otro lugar hemos visto, empezaba precisamente por aquella época á estenderse y desarrollarse.

Diremos algo ahora de lo que acaeció á los personajes que hemos visto tomar parte en las escenas referidas.

Del marqués de Villena nada pudiéramos contar, pues demasiado cuenta la historia. Todos saben lo que fué, lo que hizo, lo que influyó en las cosas de su tiempo.

Don Nuño murió en el momento mismo de recibir en el corazon la estocada de su rival.

El de Guzman no tardó en morir completamente loco, sin haber recobrado ni una sombra de juicio desde el momento en que, dejándose cegar por el furor y el odio, sepultó su puñal en el pecho de *la bella de las bellas*.

Rompetejas prosiguió siendo un aventurero, especie de *condottieri*, como tantos había entonces en Castilla, sin mas patrimonio que su espada, viviendo de las guerras y sirviendo al partido que mejor les pagaba.

En cuanto al trovador Arnaldo, fué uno de los primeros cenobitas que poblaron el monasterio.

## X.

### SON LOS HUERTOS DEL PARRAL EL PARAISO TERRENAL

ESTE es el refrán que anda en boca del pueblo, aludiendo á la delicia y fertilidad de las vegas que al monasterio rodean, pero antes de pasar á ello, consagremos algunas líneas, si bien que breves, á la historia del edificio.

En primer lugar, bueno será decir que, no obstante estar generalmente admitido que Don Juan Pacheco fundó el monasterio, otros creen que lo fundó el príncipe Don Enrique, aunque en nombre del de Villena, para escusar la murmuracion de que en vida del rey su padre levantaba un edificio tan suntuoso. Esta opinion sin embargo, muy poco admitida, es rechazada por muchos escritores y no tiene en su apoyo la tradicion que es la historia popular.

Lo cierto es que de los documentos de fundacion, á los cuales debemos atenernos, consta que en el año 1447, lunes 23 de Enero, se reunieron en cabildo los señores Don Fortun Velazquez, dean; Don Luis Martinez, arcediano de Sepúlveda; Don Alonso Garcia, arcediano de Cuellar; Don Gonzalo Gomez, chantre, y muchos prebendados de la catedral de Segovia, entre ellos Don Fernando Lopez de Villaescusa, tesorero de la misma iglesia y capellan mayor de Don Enrique, quien presentó una carta de este príncipe fechada en Olmedo á 24 de Enero, en que rogaba al cabildo diese entero crédito á lo que su capellan estaba encargado de proponer.

Lo que este dijo fué que el marqués de Villena deseaba fundar en Segovia un convento de la religion de San Gerónimo, que el sitio mas á propósito pareció la ermita de Nuestra Señora del Parral, y suplicaba al cabildo como dueño de la ermita y huertas, le hiciese favor de dársela con todas las posesiones que le cercaban, prometiendo entera satisfaccion!

No se hizo esperar la respuesta, y despues de varias conferencias entre sí y cartas del príncipe y del marqués, en las que quedaron estipuladas algunas condiciones, se presentó al cabildo Don Rodrigo de Sevilla, con poderes del prior de San Bartolomé de Lupiana, general de la órden, para recibir posesion del sitio y fundar el convento. Diósele pues posesion el 10 de Diciembre del mismo año.

Acaecieron despues los trastornos del reino, trastornos que tan ocupados hicieron andar al príncipe y al marqués, que ni uno ni otro pudieron ocuparse de la fundacion ni cuidar de la estrechez y necesidad absolutas que pasaban los religiosos, moradores entonces de unas casillas, cien pasos al oeste de la iglesia. Tan apurados se vieron los monges y á tal extremo llegaron con aquel por otra parte justificable olvido, que habian ya decidido abandonar la fundacion. Afortunadamente sobrevinieron unos caballeros de la ciudad que les prodigaron socorros y remediaron su pobreza, hasta que, andando mejores tiempos, pudo el fundador proveerlos de los medios necesarios para dar feliz término á la obra, una sin disputa de las mas acabadas y mas bien dispuestas de la órden.